

Nuria Sánchez Madrid (ed.), *Poéticas del sujeto, cartografías de lo humano. La contribución de la Ilustración europea a la historia cultural de las emociones*, Madrid, Ediciones Complutense, 2018, 280 pp.

El presente libro, editado por la Profesora Nuria Sánchez Madrid, titulado *Poéticas del sujeto, cartografías de lo humano. La contribución de la Ilustración europea a la historia cultural de las emociones*, es, en primer término, el resultado del proyecto de innovación educativa *Emociones políticas y virtudes epistémicas en el siglo XVIII: Innovación en la enseñanza de Humanidades* de la Universidad Complutense de Madrid. Gracias a este proyecto, en el que coincidieron especialistas de filosofía y filología -no necesariamente todos ellos pertenecientes a dicha Universidad-, tenemos en nuestras manos un libro compuesto por doce escritos, ordenados en tres secciones: *Paisajes de la subjetividad*, *Patologías de la conciencia* y *Emociones políticas*; un prólogo: *La doble cara de las Luces*; y un epílogo: *Ampliando el foco de las Luces*; además de la presentación del volumen: *La Ilustración plural*, escrita por la propia editora.

Uno de los objetivos del libro, si no es que el más importante, consiste en discutir aquel juicio que realizara -hace ya unos años- Ernst Cassirer en *Filosofía de la Ilustración*, a saber, que “el siglo XVIII está saturado de la creencia en la unidad e invariabilidad de la razón”¹. Frente a ello, la intención de los autores, es conformar una cartografía que nos permita ubicar, en su justa medida, “lo humano”, esto es, “los afectos” y la poética como fundamento de la ética y de la política durante el siglo XVIII en diferentes latitudes; por ejemplo, en Francia, Alemania, Inglaterra, e incluso Escocia. En este sentido, cada autor presenta ciertas discusiones con las que se busca reivindicar las implicaciones que, en su respectivo tiempo y espacio, tuvieron autores como Chardin, Diderot, Lessing, Tieck, Kleist, Moritz, “Jean Paul”, Hume, Turgot, Ferguson, y muy especialmente Madame Helvétius y Sophie de Grouchy, en torno al arte, la literatura, la danza, la pedagogía, la filosofía y la política. Al final, aparece un poco más claro que las expresiones poéticas de lo humano no necesariamente estuvieron saturadas de razón ni de objetividad, sino que más bien apelaron a la propia subjetividad, para intentar lograr una imagen plena de la humanidad. Por ello, la estética del siglo XVIII podría volverse, precisamente y a partir de este libro, la otra cara que amplíe las investigaciones que se realicen sobre este periodo cultural europeo; las cuales ya no se agotarían ni en lo racional ni mucho menos en la interpretación de corte neokantiano que ha prevalecido hasta nuestros días.

Esta otra lectura de las *Luces* a la que se nos invita con este libro permite revisar algunos temas filosóficos, así como enfocarlos de otra manera. De modo que podemos argüir, tal como se expresa en el presente libro, que en la Ilustración las emociones están también en escena. Lo cual, en principio, debería propiciar que nos

¹ E. Cassirer, *Filosofía de la Ilustración*. México, FCE, 1972, p. 20.

interroguemos, entre otras cosas, acerca del por qué somos modernos, no sólo en cuanto al conocimiento, sino también a las pasiones, emociones, afectos y al juego que se da entre ellos. Esta postura es planteada con la intención de enriquecer y ampliar el foco de investigación, para entonces poder hablar de una historia cultural de las emociones, aun cuando dicha empresa sea aún difícil de componer o articular de manera concluyente.

En efecto, a pesar de lo complicado que es tratar de abarcar ese otro aspecto, no precisamente racional, que está sin duda también presente en el hombre, este libro hace una reflexión acerca del horizonte académico en el cual nacen las ideas de cada uno de los autores, al tiempo que busca un Yo mejorado, en busca de proponer otro diálogo tanto a los autores como a los lectores de este libro. La intencionalidad con la que cada autor ha escrito invita en último término a buscar las tensiones y las ambivalencias con los autores más conocidos y desconocidos del siglo XVIII, intentado así criticar los viejos tópicos con los cuales hemos estudiado dicho siglo. Con todo, el libro busca poner en tensión la ubicación clásica de la historia de la filosofía o de las ideas filosóficas.

Ahora bien, después de unos comentarios generales, que aspiran a corresponderse tanto con el prólogo, como con la presentación del volumen y el epílogo, toca el turno de hablar brevemente de cada capítulo del presente libro. El primero de ellos, y con el cual a su vez inicia la sección *Paisajes de la subjetividad*, es “Chardin o el alma en un cesto de fresas salvajes”, de Guillermo de Eugenio Pérez. Con este escrito, el autor pretende mostrar el alma y las implicaciones metafísicas que adquiere, en tanto que imagen poética, aquella *Cesta de fresas salvajes* que Jean Siméon Chardin pintara en 1750. Para su análisis del “horizonte de inteligibilidad de una experiencia estética concreta”, si bien emplea principalmente algunas de las ideas de Bachelard y Diderot, también nos permite considerar una relación con el pensamiento de Spinoza, en tanto que ambos confluyen “en una corriente ontológica ilustrada común: la del materialismo filosófico”. Finalmente, el autor nos propone algunos elementos para apreciar la capacidad de la pintura de Chardin, a saber, “aura, suspensión, contacto y distancia”.

El segundo capítulo, escrito por Ibis Albizu, lleva por título “El dualismo razón-emoción en el ballet del Siglo de las Luces. Noverre, Diderot y otros Ilustrados”. La autora, nos plantea el debate razón-pasión a fin de ubicarnos en “la teoría de la danza de la Ilustración”. Para llevarnos hacia tal fin, la autora señala que abordará “la relación que Noverre mantuvo con la *Académie royale de Danse*”, y nos pide “poner atención al contexto en el que se fraguó la polémica”, ya que “la noción de pantomima [...] afectó a todas las formas escénicas”. Allí comienza su exposición sobre Noverre, quien sintió “la necesidad de llevar a cabo una reforma en el arte de la danza”. Preten- sión por la cual, en sus *Cartas*, Noverre criticó las viejas concepciones del ballet del Antiguo Régimen, el “*danse noble*”, o también conocido como “*danse mécanique*”. Siguiendo la exposición hecha por Ibis Albizu, toca luego el turno de Claude-Francois Ménéstrier, para quien la danza consiste en una suerte de «retórica muda», «capaz de representar, por medio de las figuras del cuerpo, los estados del alma». Posteriormente, se hace referencia a Diderot —en relación con el planteamiento de Noverre— en torno al “*ballet d’action*”, en el que “los gestos, esa forma de lenguaje no hablada y más cercana al cuadro que a la escritura, deben ser expresados a través de la pantomima”, y por lo cual, “el nuevo bailarín estudiará durante años para poder expresar sin esfuerzo una verdad profunda: la de sus pasiones, sentimientos o emociones”.

El tercer capítulo, “El combate de las emociones: el Platón de Victor Cousin frente a los herederos de Condillac”, está a cargo de José María Zamora. En él, el autor busca, en mi opinión, generar un mapa en el cual encontraremos en primer lugar a Platón, siguiendo con las traducciones e interpretaciones que tuvieron lugar a finales del siglo XVIII y sobre todo, durante el XIX. Sin embargo, su énfasis está puesto en Francia, con Victor Cousin, autor de la primera traducción completa del *corpus platónico* y, debido a ello, adversario de “las propuestas filosóficas de Condillac, para quien todas nuestras ideas nacen de nuestras sensaciones”. Su exposición también nos permitirá identificar, entre otras cosas, que la aventura de Cousin fue precedida por Dardi Bembo a principios del siglo XVII en Italia; y posteriormente, acompañada por las de Floyer Sydenham y Thomas Taylor, en Inglaterra; Friedrich Schleiermacher, en Alemania; y, en el último tercio del siglo XIX, por Patricio de Azcárate, en España. Con todo, el proyecto de Cousin, de acuerdo con el autor, “actualiza las cuestiones filosóficas de los debates de la Antigüedad y los instituye como paradigmas en la crítica moderna contra el empirismo. De este modo, el Platón de la nueva filosofía francesa aporta una interpretación característica y peculiar de la teoría de las ideas”.

El siguiente capítulo, “Lessing: fábula y ortopedia humanista”, que tiene por autor a Ricardo Gutiérrez Aguilar y que es en buena medida pedagógico, nos permitirá conocer un “problema antropológico-narrativo”. Las coordenadas con las que debemos orientarnos durante este escrito podrían ser las siguientes: “la fábula esconde un código inscrito de *mores*. Maneras de conducirse y lo que de ellas cabe esperar”, y que “la virtud se puede enseñar sincrónicamente. El relato es su cápsula. El juicio se puede cultivar por medio de la ficción”. Así, el autor nos permite apreciar por qué para Lessing “la Estética es una Ética primitiva. Esto es también educación moral. Una mediada por lo sentimental”, y que la noción de *reconocimiento* [ἀναγνώρισις], según la cual –partiendo de la visión aristotélica– el hecho de que los animales sean más adecuados para las fábulas radica en “la consistencia de sus caracteres y al hecho de que nos resulten familiares a todos”. Con este texto concluye la primera sección del libro.

La segunda sección del libro, *Patologías de la conciencia*, inicia con el escrito de Guillermo Villaverde López: “Mentira, publicidad y ocultamiento en la filosofía práctica de Kant”. Este es un texto por demás interesante, ya que nos permite reflexionar sobre el propio proceder de Kant al formular el imperativo categórico. De modo que apreciemos que, al interior de la filosofía moral kantiana, se pretende evitar la universalidad de la mentira a toda costa.

El segundo capítulo de esta sección se titula “*La seule forêt qu'on appelle société. El sobrino de Rameau como sismógrafo antropológico y social*”, cuya autora es Nuria Sánchez Madrid, quien comenta que “se limitará a ensayar la posibilidad de entender este escrito como una suerte de condensación cambiante, escurridiza y no pocas veces contradictoria”. En este sentido, Nuria Sánchez propone inspeccionar la novela de Diderot para identificar muy en contra de la normalidad y la estricta racionalidad que creíamos de la cultura de las Luces, y siguiendo los comentarios en torno a *La paradoja del comediante* del mismo autor, una suerte de aceptación de la locura en nuestro ser y en nuestros actos, un «no ser nada, precisamente para serlo todo». La invitación es en última instancia a visitar la «variabilidad» misma de la vida, con las palabras de Diderot.

Ana Carrasco Conde escribe el tercer capítulo, titulado “Sombra y conciencia: el desfondamiento del sujeto (romántico)”. Con su estudio, la autora realiza una

cartografía de la subjetividad romántica alemana de los albores del siglo XIX, a partir de autores como Heinrich von Kleist, Johann Fichte, Ludwig Tieck y E. T. A. Hoffmann, sin olvidar a F. W. J. Schelling. Así, su escrito parte de la exploración de la idea contraria a “la afirmación de la libertad, la humanidad y la dignidad”, esto es, “el encapsulamiento del sujeto dentro de sí mismo, quien arrojado a un mundo que jamás puede conocer por sí mismo, permanece encerrado en el *Weltinnenraum*”, por lo cual, el sujeto está solo y aislado ante un mundo azaroso y hostil. Aquí comienzan entonces los movimientos del Yo, debido tanto a su capacidad productora de reflexión de la conciencia, como a su movimiento contrario, incapaz de “reconocerse”, cuando despliega la autoconciencia en un abismo donde habita su sombra, sus fantasías, su trastorno; en suma, el inconsciente.

Germán Garrido Miñambres, autor del cuarto capítulo de esta segunda sección, “Símbolo o síntoma. Melancolía y vocación artística en el *Anton Reiser*”, escribe un texto bastante sugerente que permite integrar un poco más a las discusiones literarias de finales del siglo XVIII a un autor hasta ahora poco abordado como lo es Karl Phillip Moritz y su novela *Anton Reiser*. El propósito de Germán Garrido es comparar a dos personajes que sufren de una “enfermedad espiritual”, la melancolía: Werther y Reiser. En dicha comparación, también apreciamos la importante influencia literaria de otro de los autores de aquella época: Friedrich von Blanckenburg. A partir del cual, el tratamiento de dicha enfermedad permitió la elaboración de un relato que Goethe transformó en símbolo de una crónica muy similar al de un historial clínico, en donde se focalizan los síntomas del “protagonista” y que, en definitiva, Karl Moritz adecuó tanto a su “proyecto antropológico que guía la *Magazin zur Erfahrungseelenkunde*”, como a su novela *Anton Reiser*

El último capítulo de esta segunda sección, “Imágenes de la locura, la normalidad y el elogio de la estupidez de Jean Paul”, fue escrito por Laura Herrero Olivera. La intención de la autora es identificar y desarrollar algunos tópicos relevantes de la obra de Johann Paul Friedrich Richter (Jean Paul, debido a su admiración por Jean-Jacques Rousseau): lo sublime, la ironía, la sátira y el ingenio, o en términos de Rüdiger Safranski: “el humor romántico”. Bajo estos tópicos, la autora explora también el fascinante mundo del sueño de Jean Paul, al mismo tiempo que dará cuenta de la crítica que él realizó al pensamiento de su época y que fungió como su fuerza creadora de imágenes y de metáforas.

La tercera sección, *Emociones políticas*, es inaugurada por Gerardo López Sastre, con “De la avidez insaciable a la cooperación. Pasiones y razón en la filosofía política de Hume”. En gran medida, el texto da cuenta “de la existencia de un conflicto entre, por una parte, los apetitos y, por otra, la razón”. Su estudio se centra en la filosofía política de David Hume, enfocándose en su análisis respecto a la sociedad, el cual está «condicionado por su concepción de la naturaleza humana y por dos circunstancias que encuentra en los objetos externos, sean estos naturales o artificiales». Es por ello que el autor examina tópicos como el egoísmo, la cooperación, la sagacidad, la propiedad, el comercio, la inteligencia, hasta llegar a las relaciones entre las naciones, el intercambio de ideas y a las posibilidades de progreso, en suma, lo que “con propiedad ha de llamarse la filosofía de la historia de Hume”.

Paloma de la Nuez e Isabel Wences escriben el segundo capítulo de esta sección: “Emociones y consecuencias políticas en el pensamiento de Turgot y Ferguson”. El propósito de su escrito es analizar “el papel que juegan o deberían de jugar las emociones humanas”, al igual que las “consecuencias políticas” presentes en “el debate

pasión/razón”, respecto al progreso humano. Su elección por estos autores obedece a mostrar tanto que la Ilustración francesa “no fue tan sumamente racionalista” como se cree, así como que el interés en los sentimientos en la Ilustración escocesa “fue central y que estudió ampliamente la relación entre conocimiento, razón, emoción y moralidad”. Así, entre semejanzas y diferencias, las autoras nos presentan “una teoría sobre el progreso humano que no deja fuera, sino todo lo contrario, el papel que los afectos (sentimientos, emociones, pasiones) juegan en el desarrollo de los estadios de la civilización”.

Por último, Ricardo Hurtado Simó, en el último capítulo del libro, nos ofrece un estudio que lleva por título: “Madame Helvétius y Sophie de Grouchy, impulsoras de la Revolución francesa”. El propósito del texto es explorar el papel que tuvieron un par de mujeres, cuyo compromiso intelectual superó el ámbito del hogar, o el papel de mera esposa, y que, en efecto, “dieron forma a una racionalidad práctica centrada en cuestiones éticas, políticas, sociales y jurídicas”. Así, ambas fueron impulsoras de un cambio radical, necesario y urgente para su época; no sólo porque, al pertenecer a la burguesía y la nobleza, albergaron y protagonizaron las reuniones, las *salonnières* (los llamados Salones) de los intelectuales más influyentes del momento, sino porque participaron y configuraron un posicionamiento político –principalmente, en torno a la esclavitud– antes, durante y tras la Revolución francesa. Quizás esto, así como antes, nos exhorte ahora a valorar más el papel de la mujer dentro de la historia de las ideas y no a invisibilizarlas o limitarlas «al matrimonio, las virtudes religiosas, la apertura a la trascendencia y la espiritualidad». Madame de Helvétius, transformó su casa en lugar de protección para aquellos que fueron perseguidos durante la Revolución, dirigió las tertulias y debates, tenía conocimiento de ideas de gnoseología, educación y política, y de hecho fue una de las pocas defensoras de las dos obras maestras de Helvétius, su esposo. Mientras que Sophie de Grouchy, en un caso muy similar al de Mme. Helvétius, recibió el impulso de su madre a fin de que en su educación tuviera conocimientos sobre lenguas, ciencias y artes, llamando eventualmente la atención de sus preceptores debido a su interés en “cuestiones relacionadas con la filosofía, la belleza y la literatura”. Su interés por la filosofía también fue compartido por su esposo Nicolás de Condorcet, a quien, de hecho, de acuerdo con Ricardo Hurtado, “inspiró y contribuyó al desarrollo de muchas ideas, incluso, ella era más entusiasta y más radical en sus planteamientos”. En este sentido, vale decir que “mientras que Condorcet contribuía a la construcción de una nueva sociedad desde el estrado y la pluma, de Grouchy enarboló una actividad más cercana y próxima con el día a día, que le permitió, en un doble movimiento, ganar fama y, simultáneamente, presentarse como una mujer cercana, comprometida y accesible a las clases populares”. Con todo, como señala Concha Roldán en el epílogo, el autor de este último capítulo nos recuerda que “la Ilustración se dice y se dijo de muchas maneras”, “que fue y que es también mujer”, que “ellas pensaron”, que “ellas escribieron”, mas “ellas no están recogidas en las historias de la filosofía”, al menos hasta ahora.

Así, por todo lo antes dicho, el propósito de este libro consiste en superar los (viejos) impedimentos para así atreverse a formar una auténtica cartografía de lo humano, recuperando lo que se había dejado al olvido e *iluminando* igualmente a sus protagonistas: las mujeres, la subjetividad, las emociones y las pasiones.

Luis Miguel Hernández Pérez